

RAYMOND ARON Y LA TRADICIÓN DEL REALISMO POLÍTICO

Alessandro Campi

Profesor Asociado de Historia de la Doctrina Política del departamento de Filosofía de la Universidad de Perugia. Secretario General de la Fundación *Ideazione* (Roma).

El mundo en el que Raymond Aron (1905-1983) realizó durante décadas su actividad de analista político y comentarista —tan lúcido y agudo que se ganó la hiperbólica fama de “Tucídides del siglo xx” — ya no existe. La tensión Oriente-Occidente y los temores relacionados con la confrontación militar entre Estados Unidos y la Unión Soviética, los grandes debates ideológicos entre los “defensores de la libertad” y los adeptos del “mundo nuevo” socialista, la lucha entre democracia y totalitarismo, la contienda entre partidarios del libre mercado e incondicionales de la planificación... todo esto ya ha pasado a la historia. En el curso de los últimos veinte años han surgido otros problemas, factores de división que han llegado a modificar profundamente la escena política y social

del mundo. A raíz de su interés por la actualidad histórica y la historia en curso, parece natural preguntarse: ¿qué pensaría Aron, si siguiese vivo, de la globalización, del desorden geopolítico provocado por el fin del bipolarismo, de las nuevas guerras asimétricas y del terrorismo islámico, de la hegemonía a escala planetaria del “pensamiento único” liberal, de la inmigración y del multiculturalismo, del unilateralismo político-militar de Estados Unidos, de los neoconservadores, de los nuevos horizontes abiertos a la política por la revolución digital?

Resulta complicado imaginar las respuestas que daría Aron ante la actual coyuntura histórico-política. Además sería un error buscar en las páginas del autor —en sus geniales libros de los años sesenta y setenta— la explicación, quizá expresada en forma de profecía, a los complejos cambios que han acompañado a la caída del comunismo⁽¹⁾, un hecho que, como se recordará, escapó a la capacidad de previsión de la mayor parte de los observadores y estudiosos. Y es que Aron es un autor que debemos comprender en la historia de la cultura del siglo xx, y a la vez imposible de utilizar en el contexto histórico actual... ¿O todavía tiene algo que decirnos sobre la política contemporánea y, en términos más generales, sobre política?

⁽¹⁾ Como escribe Nicolas Baverez en la conclusión de su biografía aroniana, *Raymond Aron. Un moraliste aux temps des idéologies*, Flammarion, París, 1993, pág. 514, “No habría más que leer a Aron para encontrar la explicación milagrosa y definitiva de las turbulencias de la era postcomunista. Habría que leerle para descubrir ciertas claves de análisis que permitan descifrar las lógicas contradicciones”.

En realidad, como todo clásico que se precie, Aron llevó a cabo una doble tarea intelectual. Por una parte nos proporcionó una interpretación articulada y magistral de *su* época y, por otra parte, nos dejó en herencia una instrumentación analítica de las claves de lectura de la realidad histórica, de los esquemas de análisis —en resumen, *un método de investigación y de los criterios de opinión política*— bastante útiles para comprender *nuestra* época. La actualidad de Aron, por tanto, reside en el modo con que estudió el universo político, mediante el uso crítico de la razón y el rechazo de cualquier a priori ideológico, “sin ilusiones, sin pesimismo” según su lema ⁽²⁾; en su intento por conciliar la exigencia de neutralidad y objetividad propia del conocimiento científico con las opciones de valores que sustentan tanto la labor intelectual como la acción política; en la manera en que el estudioso francés trató de incluir todos y cada uno de los acontecimientos políticos en un marco histórico e interpretativo general. Completamente inmerso en la coyuntura y en la actualidad, testigo comprometido y partícipe de las controversias político-ideológicas que caracterizaron la historia del siglo xx, Aron nunca dejó de interrogarse sobre las cuestiones universales y los grandes dilemas intrínsecos desde siempre a la acción política: la dialéctica entre poder y libertad, ser y deber ser, fuerza y derecho, ética individual y moral colectiva.

El método que nos dejó Aron para comprender la realidad de la política puede definirse en sentido lato como “realista”. Fue, sin duda, uno de los representantes más particulares del

⁽²⁾ R. Aron, *Machiavelli e le tirannie moderne* (1993), Seam, Roma, 1998, pág. 382.

realismo político europeo. Como escribió en una ocasión, su compromiso intelectual siempre tuvo como objetivo “transportar la poesía ideológica a la prosa realista” ⁽³⁾. Su obra científica —concretamente sus estudios sobre la naturaleza del totalitarismo, la teoría de las relaciones internacionales, la evolución de la guerra, las relaciones entre sociedad industrial y democracia (o, mejor aún, sobre la relación entre estructura económico-productiva y régimen político), la composición y articulación de las clases políticas y dirigentes, la dinámica de las ideologías— contribuyó de forma determinante a iluminar las múltiples caras de lo que Schmitt definió, a partir de Hobbes, como el “cristal de la política”. De sus investigaciones socio-politológicas Aron logró extraer importantes conocimientos sobre la fenomenología del poder, los mecanismos propios de la acción política y la propia naturaleza de la política. Gracias a su constante relación con los grandes clásicos del pensamiento político de base realista (de Tucídides a Weber, de Maquiavelo a Pareto, de Tocqueville a Clausewitz), Aron desarrolló un esquema muy articulado de interpretación del universo político; no una teoría política sistemática, sino un complejo de análisis, fórmulas y razonamientos que aún hoy posee un gran calado intelectual y científico.

Clasificar a Aron con los mismos criterios utilizados para un realista es sin duda correcto, aunque insuficiente. ¿En qué sentido y en qué medida fue un realista? Como se sabe, el realismo político no representa una escuela de pensamiento homogénea ni una familia intelectual unitaria; más bien es,

⁽³⁾ R. Aron, *Memorie. 50 anni di riflessione politica (1983)*, Mondadori, Milán, 1984, pág. 331.

en primer lugar, un *habitus* mental, una disposición intelectual; al mismo tiempo, no hay duda de que ambiciona ser, ya desde sus formulaciones más antiguas y clásicas, un enfoque de estudio e investigación dotado de una relativa autonomía conceptual y analítica, dirigido a esclarecer, con la objetividad propia de todo saber que aspire a ser científico, las pautas que sigue la política.

Para entender la posición particular que ocupa el estudio francés en el seno de la tradición del realismo político trataremos de dar respuesta a las siguientes cuestiones: 1) ¿cómo maduró su interés por el estudio objetivo y anti-ideológico de la política?; 2) ¿cómo y en qué medida se relacionó críticamente con la tradición realista?; 3) ¿qué elementos tomó del realismo de los grandes maestros?; 4) ¿de qué manera contribuyó a actualizar el enfoque realista? Resumiremos, en conclusión, los rasgos más característicos de su forma de indagar y comprender la fenomenología política.

1. EL DESCUBRIMIENTO DE LA POLÍTICA REALISTA

¿Cuándo y motivado por qué impulsos se aproximó Aron al realismo y comenzó a mirar el mundo de la política con ojos desencantados? La respuesta a esta pregunta reside en las palabras con las que, en sus *Memorias*, recordaba las enseñanzas que hicieron mella en su ánimo con motivo de la estancia juvenil en Alemania (en Colonia de 1930 a 1931 y en Berlín de 1931 a 1933), durante el periodo inmediatamente anterior a la toma de poder nazi:

Por lo que a mí respecta, había superado una etapa de mi educación política, una educación que duraría toda mi existencia. Había entendido y aceptado la política tal y como es, irreducible a la moral. No había vuelto a intentar demostrar mis buenas intenciones con palabras ni firmas. Pensar en la política es pensar en los actores de la misma, es decir, analizar sus decisiones, sus fines, sus medios, su universo mental.⁽⁴⁾

El *descubrimiento de Alemania*, como lo definió en su libro de recuerdos, tuvo lugar en Aron a la par que el *descubrimiento de la política*, que a su vez significó el abandono de sus pasadas ilusiones pacifistas y moralistas —notablemente influidas por el pensamiento de Alain— y la decisión de dedicarse al estudio de los fenómenos políticos sin prejuicios ni esquemas ideológicos preconcebidos. El espectáculo de una democracia parlamentaria en vías de disolución progresiva, atacada por la extrema derecha y la extrema izquierda, la violencia política combinada con el irracionalismo filosófico y la difusión de formas inéditas de culto político, fueron los artifices de su conversión a la política realista, a la observación racional y desencantada de un universo, el político, contradictorio por definición, habitado por el interés y las pulsiones, por el cálculo y la irracionalidad más desenfadada. Tomando un rumbo típico del pensamiento realista, la ingenuidad y las ilusiones de la juventud dieron paso, bajo los estímulos del mundo real y de una actualidad histórica cargada de dramatismo, al impulso por comprender, por medio de instrumentos de análisis racional, la dinámica propia del verdadero mundo político.

⁽⁴⁾ *Ibidem*, pág. 80.

Tras la catástrofe alemana, el otro factor que dio un giro de ciento ochenta grados a la carrera intelectual aroniana fue la Segunda Guerra Mundial, vivida por el estudioso desde su exilio londinense como redactor jefe de *La France Libre*, la revista de la resistencia "gaullista": "La experiencia de Londres —volvemos a las *Memorias*— representó la última etapa de mi educación política [...] ya que me acerqué, por primera vez, a los que hacen política" ⁽⁵⁾. Durante los años transcurridos al otro lado del Canal de la Mancha se va gestando en él la "tentación de la política":

Hablando con brutalidad, me había contagiado del virus político. No es que, a mi vuelta a Francia, hubiese soñado con una carrera política. Lo que me convenció para interrumpir la carrera universitaria a la que me destinaban mis estudios, mis aspiraciones y el recuerdo de mi padre fue el cambio de mi propia personalidad, debida a los años que pasé en Londres tan cerca de los actores de la Historia, en el ejercicio del periodismo. [...] En 1944-1945, otra ambición me alejaba provisionalmente de lo que hoy llamaría mi sitio natural: la ambición de querer tomar parte en los debates nacionales, servir a la patria, no contentarme si Francia volvía a avanzar hacia el desastre. Mi país había sido liberado y aún quedaba todo por hacer ⁽⁶⁾.

En efecto, durante los inicios de la posguerra Aron cedió "durante un determinado periodo al sueño del servicio de utilidad pública y a la intoxicación política" ⁽⁷⁾, pero esta decisión nunca se tradujo en un alistamiento orgánico y estable en las

⁽⁵⁾ *Ibidem*, pág. 199.

⁽⁶⁾ *Ibidem*, págs. 202-203.

filas de algún partido (sólo durante un breve periodo, de 1948 a 1952, militó en el RPF, fundado por el general De Gaulle en noviembre de 1947). De hecho, su ambición secreta —que pronto saldría a la luz—, primero como periodista y después como docente, fue siempre mantenerse libre en el juicio político y en el análisis. Cercano durante gran parte de su vida a las palancas del mando político, Aron nunca fue en realidad un Consejero del Príncipe, como bien demuestra la historia de su relación con el general, una relación marcada por el respeto y los recelos. Aron siempre se mantuvo apartado del ejercicio directo del poder, ya que lo consideraba incompatible con la libertad necesaria para el estudioso de política.

Por tanto, fue entre estos extremos temporales —el inicio de la dictadura de Hitler por una parte y la catástrofe bélica por otro— donde Aron fue afinando su propia actitud realista, madurada mediante la observación en vivo de la lucha política y un conocimiento directo y a nivel interno de los comportamientos y métodos de los hombres políticos. Una actitud a la que Aron trató de dar, con sus escritos exclusivamente histórico-filosóficos de aquel periodo, una base metodológica y gnoseológica coherente, como nos confirma la lectura de la *Introduction à la philosophie de l'histoire*, publicada en 1938⁽⁶⁾. ¿Cuál es el significado profundo, desde el punto de vista intelectual, de esta obra tan importante, dedicada a los límites del saber histórico y a la crítica conjunta del positivismo y de las filosofías de la historia (de las orientadas al progreso y las caracterizadas por una visión cíclica y mecanicis-

⁽⁷⁾ *Ibidem*, pág. 203.

ta del devenir)? El propio Aron insistió en repetidas ocasiones sobre las implicaciones propiamente político-filosóficas e histórico-políticas de la *Introduction*, cuyo núcleo se encuentra en la reflexión sobre el significado de la decisión política y las condiciones, históricas y existenciales, en cuyo interior madura la misma. Rebatendo las críticas de Paul Fauconnet, su examinador durante la lectura de su tesis, presentada en la Sorbona el 18 de marzo de 1938, Aron había dicho a propósito de su trabajo: "Siendo una teoría del conocimiento histórico, mi libro es al mismo tiempo una introducción a la ciencia política, que invita a renunciar a las abstracciones del moralismo y las ideologías para tratar de determinar el auténtico contenido de las posibles opciones limitadas por la propia realidad" ⁽⁹⁾. En las *Memorias*, conservando una mente fría y la distancia crítica necesaria, utilizó expresiones bastante similares para describir la materia y el objetivo de aquella obra juvenil: "Más que contribuir a la epistemología del conocimiento histórico, el libro respondía a la intención que confesaba al lector: "En 1930 decidí estudiar el marxismo para someter mis ideas políticas a una revisión filosófica". El análisis de la causalidad histórica sirvió de fundamento o introducción a una teoría (o mejor dicho a un borrador de teoría) de la acción y la política. *Todo el libro explicaba el modo de pensar político que desde aquel momento hice mío*" ⁽¹⁰⁾.

⁽⁸⁾ Es necesario recordar el error que supone, desde el punto de vista crítico, distinguir entre el Aron periodista y el Aron filósofo, comentarista y estudioso. Su peculiar modo de interpretar la historia y la política se ha alimentado del esfuerzo en la contingencia y de la reflexión, y deriva de la combinación del enfoque rapsódico del observador y el espíritu sistemático del teórico.

⁽⁹⁾ Cit. en Baverez, *Raymond Aron*, cit., pág. 133.

2. MAQUIAVELISMO, PSEUDORREALISMO Y "REALPOLITIK"

Para entender el realismo de Aron —un "discípulo liberal de Maquiavelo", como se definió en su época de madurez⁽¹⁰⁾— es preciso comenzar por su crítica a la tradición realista *clásica*. Aron, de hecho, aceptó sólo en parte y de forma crítica dicha tradición, que desde Maquiavelo y Hobbes llega hasta Morgenthau y los teóricos de la "política de potencia". Concretamente, él siempre se preocupó por distinguir su posición de la de aquellos que, por una mala interpretación de la realidad y de la historia, reducen la política al reino de la fuerza en estado puro, gustan de un comportamiento inhumano y cínico, y se limitan a registrar los hechos por cómo se presentan en su brutal evidencia, acabando por caer en un positivismo monótono y reduciendo la historia a lo meramente natural. En síntesis, la crítica de Aron se puede resumir en estos términos: *el realismo, considerado como el carácter histórico del hombre y, por tanto, de la política, contrasta con el naturalismo, con el positivismo y con cualquier concepción conservadora y determinista de la experiencia humana y de la historia*. Como adepto de la política experimental, en sus páginas siempre censuró lo que, en ocasiones, definía como "realismo ingenuo", "realismo integral", "realismo cínico", o simplemente "pseudorealismo" y "falso realismo".

⁽¹⁰⁾ Aron, *Memorie*, cit., pág. 126. Cursiva nuestra.

⁽¹¹⁾ R. Aron, *La política, la guerra, la storia*, il Mulino, Boloña, 1992, pág. 127.

Su crítica —propia de un realista— al realismo se desarrolla, con diversa intensidad y con diferentes modalidades argumentativas, por lo menos en tres momentos de su producción intelectual: a) en la *Introduction* de 1938; b) en los escritos sobre el “maquiavelismo” del bienio 1938-1940, estrechamente relacionados con su análisis del totalitarismo y de las “religiones seculares”; c) en los estudios de política internacional de los años sesenta, sobre todo en *Paz y guerra entre las naciones* de 1962. Veámoslos de cerca brevemente.

En las últimas páginas de la *Introduction* —concretamente en el párrafo “El hombre en la historia: decisión y acción”: IV. 3. I.— Aron critica las posiciones filosóficas que pretenden negar la *historicidad* de la política. Entre ellas, además del *cientificismo* y el *racionalismo*, el autor señala también el *pseudorealismo*, es decir, la posición de aquellos que “pretenden basarse en la experiencia histórica, en normas fragmentarias o en necesidades eternas” ⁽¹²⁾, de aquellos, sigue escribiendo Aron, que “subordinan el porvenir a un pasado menos conocido que reconstruido, sombra de su escepticismo, imagen de su propia resignación” ⁽¹³⁾. La *política histórica* que Aron tiene en mente es diferente a la que suele ser propia de unas determinadas ideas conservadoras y reaccionarias (el estudioso cita explícitamente a Maurras), que funda sus observaciones en las lecciones de la historia y el valor de la tradición, acabando por caer en el fatalismo del “siem-

⁽¹²⁾ R. Aron, *Introduction à la philosophie de l'histoire (1938)*, Gallimard, París, 1986, pág. 406.

⁽¹³⁾ *Ibidem*.

pre igual". La política es acción, y la acción tiene siempre un carácter histórico y contingente. El verdadero realismo no es aquel que somete la conducta política a pautas genéricas de tipo histórico, a un pasado inmutable y siempre dispuesto a repetirse, sino el que ve en la política "el arte de las decisiones sin retorno y los planes elaborados" ⁽¹⁴⁾, una apuesta de futuro que se ignora, realizada a partir de una herencia histórica y de la certeza de que cada comportamiento es parte de un movimiento histórico general. Según Aron, el único modo de evitar el pesimismo histórico de autores como Pareto es, por tanto, "restituir su condición histórica a lo real" ⁽¹⁵⁾.

Precisamente Pareto es el protagonista —en el sentido negativo— de *Machiavel et les tyrannies modernes*, ensayos escritos justamente antes de la guerra, entre 1938 y mayo de 1940, y que no vieron la luz hasta 1993. En ellos Aron, utilizando formas de reconocimiento basadas en la concepción realista de la política y del poder elaborada por Maquiavelo, toma partido contra el "maquiavelismo": contra el que ya aparecía implícito en las páginas del escritor florentino, partidario de un pragmatismo político inspirado en una visión demasiado pesimista de la naturaleza humana, pero sobre todo contra el maquiavelismo practicado por los regímenes tiránicos del siglo xx y apoyado, a nivel teórico, por el autor del *Tra-tado de sociología*. ¿Qué se debe entender por "maquiavelismo" en su versión moderna? Esencialmente una técnica de poder y conquista imperial, un instrumento de manipulación y

⁽¹⁴⁾ *Ibidem*, pág. 414.

⁽¹⁵⁾ *Ibidem*, pág. 413.

propaganda, un modo inmoral y totalmente instrumental de entender la lucha política. Para Aron, el maquiavelismo es una forma degenerada y patológica de realismo, en la cual el pesimismo se reduce al cinismo, el escepticismo al rechazo de todo tipo de moral, la supremacía de la política a la absolutización de la misma y la propia política al puro dominio de una facción. Más que una metodología de análisis o una teoría de la acción política, basada en la experiencia y la historia, este tipo de realismo es en realidad una filosofía de la historia, fundada en una concepción "empobrecida" y simplicista de la existencia y la política, así como en el siguiente trinomio: violencia, astucia y propaganda. Si la apariencia de estas páginas, fuertemente condicionadas por el particular clima histórico en el que fueron concebidas, es la de una toma de distancia desde la ciencia política de los realistas, la sustancia, por el contrario, queda representada por el intento de distinguir el auténtico realismo, aquel que, partiendo de la evidencia de los hechos, no se rinde ante ellos ni descuida los fines, del pseudorealismo, el de tipo "cínico" o "integral", como lo define el intelectual en varias ocasiones a lo largo del texto. En este sentido, resulta significativo el interrogante que plantea Aron: "¿Quedará aún sitio para una doctrina realista que no se abandone al cinismo, para un restablecimiento del equilibrio social y la reafirmación de una *élite* autorizada, sin los excesos del autoritarismo, sin el ascenso de regímenes bárbaros y del terror de maleantes astutos y violentos organizados técnicamente?"⁽¹⁶⁾. Una pregunta que parece, desde varios puntos de vista, un auténtico programa de trabajo.

El tercer enfrentamiento crítico de Aron con la tradición del realismo, por el contrario, atañía a la *Realpolitik* estadounidense, concretamente a la obra de Hans J. Morgenthau. El realismo de este último, aplicado al estudio de las relaciones internacionales, se articula en torno a tres puntos principales: a) el interés nacional, considerado como permanente e inmutable, es el principal referente de la conducta de los Estados en la escena internacional; b) la conducta política internacional no ha de reflejar las motivaciones ideológicas ni las concepciones subjetivas de los actores políticos; c) la política entre Estados es, básicamente, una lucha por la potencia. Tres asuntos que Aron, desde una posición de realismo "heterodoxo", afronta y pone en tela de juicio. Para empezar, el interés nacional, si consideramos todos los elementos que lo componen, ideales y materiales, históricos y culturales, no es en absoluto constante ni siempre igual a sí mismo; de ello se deduce que las ideologías ejercen una influencia no irrelevante sobre la conducta político-diplomática de los Estados; por último, no es sólo la *potencia* lo que determina, a nivel internacional, la acción de los hombres políticos y el comportamiento de las unidades soberanas, a lo sumo será la *prudencia*, basada en el cálculo de las fuerzas y la valoración de las contingencias. "Es auténtico realismo, escribe Aron, el que tiene en cuenta toda la realidad, el que dicta la conducta diplomático-estratégica que debe adaptarse no ya al retrato retocado que sería la política internacional si los hombres de estado fuesen sabios en su egoísmo, sino a quien es, con las pasiones, locuras, ideas y violencias propias de los tiempos"⁽¹⁷⁾. El realismo respaldado por Aron no aspira a la simple bús-

⁽¹⁶⁾ Aron, *Machiavelli e le tiranne moderne*, cit., págs. 173-174.

queda de la máxima potencia ni a la seguridad absoluta, en el interior de un marco diplomático ideal y totalmente racional, sino que deriva *de la moral de la sabiduría*, expuesta por él en estos términos: "La única moral que supera a la moral del combate y de la fuerza es una moral a la que yo llamaría moral de la sabiduría, que se esfuerza no sólo por tener en consideración todas las particularidades concretas de cada caso concreto, sino también por no descuidar ninguno de los argumentos de principio y de oportunidad, por no olvidar ni la relación de las fuerzas ni la voluntad de los pueblos" ⁽¹⁸⁾. La *power politic*, la idea de una política orientada únicamente a la potencia, no sólo debilita la política internacional, sino que corre peligro de falsear el significado general de la política, que, escribe Aron, "es sin duda lucha entre individuos y grupos por acceder a los puestos de mando y repartirse unos bienes escasos, pero es además al mismo tiempo la búsqueda del orden equitativo" ⁽¹⁹⁾.

3. SOBRE LA IMPRONTA DE LA TRADICIÓN REALISTA

Una vez aclarada la actitud crítica que Aron mostró frente a la tradición realista (o mejor, frente a algunas expresiones de la misma) en varias ocasiones, se trata de ver ahora, esquemáticamente, cuáles son los puntos que el intelectual tomó de los maestros clásicos y modernos del realismo, incorpo-

⁽¹⁷⁾ R. Aron, *Pace e guerra tra le nazioni* (1962), Comunità, Milán, 1983, págs. 682-683.

⁽¹⁸⁾ *Ibidem*, pág. 693.

⁽¹⁹⁾ *Ibidem*, pág. 74.

rándolos a su propia perspectiva de “maquiavelismo moderado”. Probemos a enumerarlos:

1) *La conexión política-antropología*, es decir, la idea de que el estudio y la comprensión de la política no puede prescindir de una determinada visión del hombre y la existencia humana. En el caso de Aron se puede hablar, como fundamento de su idea de una *política histórica* y de su visión de la acción política, de un tipo de *antropología de la libertad*, basada en una concepción histórico-existencial del individuo y sus relaciones sociales. Los enunciados principales de tal antropología aparecen expuestos en los párrafos finales de la citada *Introduction à la philosophie de l'histoire*, resumidos en la célebre fórmula: *L'homme est dans l'histoire; l'homme est historique; l'homme est histoire*. Es en estas páginas, como recordará el propio Aron en las *Memorias*, donde se desarrolla su idea del hombre, la de un “hombre que se esfuerza, que se hace a sí mismo juzgando el espíritu objetivo que ha interiorizado, que decide por sí solo tratando de adecuar su entorno a las decisiones que toma” ⁽²⁰⁾, la de individuo capaz de integrar “en su propio yo básico la historia que lleva consigo y que se convierte en suya” ⁽²¹⁾. En términos más generales, Aron cree en la existencia de una naturaleza humana destinada a permanecer inalterable en el tiempo en sus rasgos esenciales, en la existencia de “pulsiones humanas” fuertemente arraigadas de las que depende el carácter inestable y perennemente dinámico de las instituciones políticas, así como la naturaleza agonística y conflictiva de la propia política:

⁽²⁰⁾ Aron, *Memorie*, cit., págs. 128-129.

⁽²¹⁾ Aron, *Introduction à la philosophie de l'histoire*, cit., pág. 421.

“Yo no creo tampoco en una transformación fundamental de la naturaleza del hombre (...). Las bases fundamentales de la coexistencia de los hombres en sociedad, es decir, los problemas formales de orden social y orden político, permanecen en el fondo, inalterados. Y si tal es el caso, hay una posibilidad de regímenes buenos o malos, es decir, mejores o menos buenos, hay una posibilidad, en fases excepcionales, de equilibrio satisfactorio. Pero no hay posibilidad de concebir el fin de las luchas de los hombres entre ellos, es decir, esta especie de estabilización de orden político y social que es el sueño de los que creen en el fin de la Historia” ⁽²²⁾.

2) *La autonomía (y relativa supremacía) de la política* frente a las demás esferas de actividad humana. Esta es una enseñanza que Aron ha tomado, incluso antes que de Tocqueville y Montesquieu, dos de los autores que más influencia ejercieron sobre él y a los que más afin se sintió, en lo intelectual y en lo espiritual, directamente de Tucídides, el padre por antonomasia del realismo político. En el ensayo *Thucydide et le récit historique*, publicado por primera vez en inglés en 1960, Aron vio en el historiador y estratega griego al primer teórico de la autonomía del orden político, de lo irreducible de la política a la economía ⁽²³⁾. Sociólogo por filiación académica, estudioso y teórico de la sociedad industrial, siempre sostuvo la hegemonía del orden político respecto a la organización social y la estructura económica. A esta pri-

⁽²²⁾ R. Aron, *Introduction à la philosophie politique. Démocratie et révolution*, Editions de Fallois, 1997, págs. 238-239.

⁽²³⁾ Cfr. R. Aron, *Dimensions de la conscience historique*, Plon, París, 1961, págs. 163-164.

macía de la política, que Aron siempre entendió en un sentido relativo y parcial, y no como una supremacía causal o una forma de determinación unilateral, el erudito asignó también un sentido humano y existencial: "En lo que atañe al hombre, la política es más importante que la economía, digamos que, por definición, debido a que la política concierne más directamente al sentido de la existencia en sí" ⁽²⁴⁾. Así, Aron hizo suyo el precepto realista que ve en la política no sólo una realidad perenne e insoslayable, sino el punto cardinal de toda convivencia humana.

3) *La crítica a la ideología y la polémica suscitada en torno al utopismo político.* La desmitificación de las ideologías y creencias políticas, entendidas como instrumentos de manipulación y movilización en las manos de los líderes políticos, es quizá uno de los rasgos más significativos de una visión auténticamente realista de la política y el poder. También Aron, como el realista pragmático y enemigo de las ilusiones que siempre fue, contribuyó a desvelar y poner al desnudo, mediante el ejercicio crítico de la inteligencia y el recurso al arma de la razón, las construcciones intelectuales y los artificios verbales con los que los intelectuales (de derecha y de izquierda) y los políticos (de derecha y de izquierda) suelen justificar, haciéndolas pasar por objetivas y orientadas al bien común, sus preferencias políticas, intereses subjetivos y visiones personales del mundo.

⁽²⁴⁾ R. Aron, *Teoria dei regimi politici* (1965), Comunità, Milán, 1973, pág. 32.

4) *La perennidad histórica del poder*, que Aron, aunque liberal, siempre reconoció y aceptó junto a los corolarios que derivan de la misma: el pilar asimétrico del poder y su tendencia fisiológica a la expansión. Realista y liberal, Aron consideró necesaria históricamente la dialéctica del *poder* y la *libertad*: el primero debe verse como dato permanente de la política, como atributo persistente de todo orden político-social; la segunda, considerada como rasgo relevante y necesario de la naturaleza humana, y como máximo factor de riesgo de cualquier conflicto político.

5) *Lo inevitable de la clase política*. Muy próximo en esto al elitismo del siglo xx (Mosca, Pareto, Michels), Aron identificó en las modalidades de selección y organización de la clase política el elemento diferenciador y cualificador, desde el punto de vista de la estructura social y de la fórmula constitucional, de los diversos regímenes políticos, todos ellos marcados, sin distinción, por la oposición gobernantes/gobernados.

6) *La naturaleza intrínsecamente polémica y conflictiva de la política*. Como buen realista, Aron no olvidó indagar, en el marco de una visión agonal de la acción política, por una parte las tensiones y conflictos (a menudo violentos) presentes en toda comunidad política, y por otra la dialéctica permanente entre paz y guerra intrínseca a cualquier sistema de relaciones entre unidades políticas soberanas. "En política, quien no tiene enemigos se desprecia a sí mismo", escribió Aron con una fórmula que no habría desagradado a Carl Schmitt ⁽²⁵⁾.

7) *La conexión entre acción política y decisión*, esta última descifrada en el marco de la situación histórica, compleja por definición, en el interior de la cual madura la decisión del político, se concreta y genera sus propias consecuencias. El estudioso francés percibió muy bien el sentido existencial, histórico y vital intrínseco a la decisión, punto supremo de toda acción política: "La decisión política, histórica, es también la decisión de cada uno sobre sí mismo" ⁽²⁶⁾.

8) *El rechazo al formalismo*, típico del enfoque jurídico de la fenomenología política y el estudio de los regímenes. En realidad, como escribió una vez Aron, "La auténtica naturaleza de un sistema constitucional sólo puede (...) entenderse teniendo en cuenta a los hombres que hacen que funcione en la realidad" ⁽²⁷⁾.

4. HACIA UN NUEVO REALISMO

Una vez considerada su deuda para con la tradición clásica del realismo, es el momento de identificar (como siempre, brevemente y por puntos) los elementos más característicos del realismo aroniano.

1) Empecemos por la clásica separación entre política y moral, frente a la cual Aron, sobre todo en sus estudios dedi-

⁽²⁵⁾ Aron, *Memorie*, cit., pág. 554.

⁽²⁶⁾ *Ibidem*, pág. 128.

⁽²⁷⁾ Aron, *La política, la guerra, la storia*, cit., pág. 286.

cados a la política internacional, adoptó una postura problemática y en absoluto convencional. A su juicio, la distinción entre política y moral, elemento siempre presente en el realismo a partir de Maquiavelo, no presenta en realidad un valor absoluto, sino que posee una utilidad práctica, metodológica y cognoscitiva, es decir, que sirve para imprimir rigor a la investigación y evitar que el juicio moral (subjetivo por definición) interfiera con el análisis. Sobre todo, el análisis no puede tomarse como pretexto de un falso e imposible neutralismo ni del rechazo a medir las implicaciones éticas propias de todo comportamiento político. En realidad, nada impide la deducción de preceptos normativos y enseñanzas morales a partir de la observación empírica. Por supuesto, el realista puede ser un idealista, es decir, un hombre de principios, con su propia moral y una visión precisa de los deberes y responsabilidades intrínsecos a la acción política. La ideología opuesta al realismo no es el idealismo, sino el irrealismo, o la negación, debida a la ceguera intelectual o al adormecimiento ideológico, de la realidad histórica y sus contradicciones vitales.

2) Con su obra, Aron contribuyó a eliminar la hipoteca conservadora, e incluso reaccionaria, que siempre había pesado sobre la tradición del realismo político. La conversión de grandes conservadores del pasado —de Burke a Gaetano Mosca— a campeones del realismo es un hecho. La coincidencia del realismo *tout court* con la salvaguarda del *statu quo* y con la defensa del orden establecido es una falsedad que debe demostrarse. En todo caso lo cierto es lo contrario, lo que sucederá cuando se conciba el significado quizá más auténtico del realismo. Esta no es la doctrina que justifica el orden es-

tablecido, la anti-ideología de los hombres de poder, sino más bien, intrínsecamente, una forma de crítica del poder constituido, sea cual sea. Su palabra de orden es mistificar, retirar el velo, ir más allá de la apariencia de los hechos, mostrar la incoherencia de las doctrinas. Es por tanto una teoría crítica, y como tal "subversiva" y "desacralizadora" para con cualquier régimen, ideología y modelo de organización política. Es posible que fuera precisamente este conocimiento el que alejó a Aron de las filas del poder, el que impidió que abrazara una causa de partido, el que le animó a mantener siempre una cierta distancia crítica frente al poder establecido y sus representantes.

3) Crítico con el positivismo, Aron nunca aceptó la idea de que el realismo pudiera equivaler a la aceptación pasiva de las leyes eternas de la política, en caso de que éstas existan realmente y puedan por tanto convertirse en objeto de descubrimiento y análisis racional, sometidas al mismo rasero que las leyes de la naturaleza. Su crítica al "maquiavelismo" —entendido como realismo deteriorado— tuvo como punto de partida el rechazo a una visión estática y naturalista de la política. El realismo, en rigor, mide la fuerza cognoscitiva de cada uno en la historia, en el análisis de los cambios producidos, siguiendo un determinado orden, en la escena política, sabiendo renunciar, en su caso, a las creencias consolidadas.

4) Aron rechazó la comprensión de la conducta política, individual y colectiva, basada en el cálculo utilitario y en el concepto (más problemático en política que en economía) de "interés". En el marco de una concepción anti-reduccionista y

plurifactorial del comportamiento social, Aron siempre concedió una gran importancia a los valores, creencias e ideologías, evitando así la reclusión en una forma de determinismo vulgar, de monocausalismo.

4) Nuestro intelectual actualizó la relación, decisiva desde el punto de vista del realismo, entre política e historia. Para el realista, esta última supone una especie de laboratorio de pruebas, el instrumento con el cual verificar cómo tienden a representarse ciertos comportamientos, ciertas modalidades de acción política, pero —y éste es el elemento decisivo— siempre dentro de un marco histórico dinámico y en movimiento por definición. Para saciar nuestra sed de conocimientos, según Aron, el realismo siempre ha de mantener viva una fuerte “conciencia histórica” y no resolverse en una forma de idolatría de la historia, una aceptación del pasado como tal.

5) También fue decisiva su crítica a la voluntad de potencia propia de un cierto realismo, a la que opuso, sobre todo en el campo de la política internacional, la virtud de la prudencia y la moral de la sabiduría.

6) En varias ocasiones, Aron afinó la perspectiva realista colocándose, en cuanto al análisis, en el punto de vista del hombre de gobierno, aquel que hace política *decidiendo* y eligiendo entre diversas opciones, siempre rodeado de vínculos y compatibilidades. Sin duda, el realismo no puede dejar de lado al hombre político, implicado en los dilemas de la deci-

sión y la elección: "El hombre de acción se enfrenta a un desorden que lucha por ordenar" ⁽²⁸⁾.

5. CONCLUSIONES

El realismo aroniano puede definirse como un "realismo histórico-crítico", una forma de "maquiavelismo moderado".

Uno de sus méritos intelectuales fue el de liberar al realismo político de una cierta monotonía metodológica y otorgarle un carácter problemático, realmente a la altura de las transformaciones experimentadas por la política no en su esencia, sino en sus formas de manifestación en la historia. Aron convirtió en obsoleto el cliché que somete el realismo a la voluntad de potencia, a una concepción darwiniana del ser humano y las relaciones políticas, al culto a la fuerza y a una visión conservadora y estática de la historia y las relaciones sociales. Lo cierto es que el realismo no tiene nada que ver con el cinismo, con el relativismo de los valores ni tampoco con la complacencia nihilista de quien ve el mundo siempre igual a sí mismo.

El realista trabaja siempre sobre los hechos, y en consecuencia sobre las contingencias de la historia, reflexionando y evaluando a partir de lo concreto de cada caso histórico en una especie de eterno reto intelectual y científico.

⁽²⁸⁾ Aron, *Memorie*, cit., pág. 572.

El realista es tal por estar convencido de que la realidad política puede cambiarse, pero sólo una vez que se haya comprendido en su lógica y naturaleza.

Por tanto, el gran mérito de Aron fue la adaptación de los preceptos y esquemas de análisis típicos de la tradición realista a la complejidad de la política contemporánea. Esa adaptación no sólo permitió al estudioso francés obtener un conocimiento articulado y profundo del mundo político, sino que además, como él mismo afirmó en una ocasión, le proporcionó una enorme alegría intelectual, la que alcanza a todo aquel que se ocupe de política en clave científica "consciente de haber disipado las nubes y acercado lo verdadero" ⁽²⁹⁾.

⁽²⁹⁾ *Ibidem*, pág. 767.